

al fusilamiento de García Lorca. Veintiocho líneas que valen por un poema. Porque así es esta obra: fiel reflejo de la vida, con su espesa tragedia y su claridad de alba; con su cotidiana miseria y su radiante esperanza en un porvenir mejor.

GASTÓN FIGUEIRA,
Montevideo.

GUSTAVO DÍAZ SOLÍS, *Marejadas*.—Editorial Bolívar, Caracas, 1941.

Fernando Cabrices, que pone palabras de aliento en el prólogo de este pequeño tomo de cuentos, del que es autor Gustavo Díaz Solís, dice, entre otras cosas, estos justos retoques: "Es nota predominante en el estilo de Díaz Solís como cuentista que comienza, aquella sequedad un poco adusta y castellana de algunas obras de Valle-Inclán y de Baroja, de aquellas dos reticentes e incisivas voces salidas del gran dolor y de la dramática inconformidad de la generación del noventa y ocho. Por eso el color vivo y potente del trópico, en la sensibilidad del autor de *Marejada*, asume contornos pétreos, duros, ceñudos; y el paisaje tostado y desierto de nuestras playas adquiere tonalidades grises y cejijuntas".

Son realmente acertadas tales interpretaciones de los cuentos de este joven autor que pertenece al grupo de universitarios "Vide".

Se nota desde las primeras escenas de sus cuentos que hay una disposición al estudio de caracteres raros, ensombrecidos por la vida marina y la agriedad de los contrabandos. Su primer cuento, que tiene el título del libro, es una pincelada sombría del ambiente del puerto. Se mete en el corazón amargado de los hombres que cubren sus vidas con ropajes de misterio y de angustias que se guardan para siempre. Un estilo severo, sin elasticidad, pasado, sombrío, pero firme y limpio, a la vez, narra las escenas del viejo contrabandista que con su balandra "Mirasol" cruza la bahía para seguir por los caños cargando su rara mercancía. Díaz Solís es paisajista y se detiene en la pintura de las aguas, en el color del cielo y en las incidencias de la pesca.

"Morichal" es un cuento de la jungla del Caroní y del Yuruari, y la descripción de la selva, en la cacería del venado, se nos mete adentro. "Aguamarina" es un relato firme y anchuroso y también encuadrado para dar al relieve caracteres analizados al correr del cuento. El autor reúne condiciones de observador y está apegado a la tierra venezolana, a la que acude siempre para ligar el destino del hombre a las penurias de la tierra. Es un cuentista en formación, pero cuyo acento y dominio está ya canalizado. Camina por los surcos de lo racial, de lo propio, de lo que se angustia como expresión o de lo que se canta como rito selvático o marino. En el análisis de los caracteres es acucioso y tiene en muchos momentos la frescura de los grandes cuentistas, aunque a veces soslaya

situaciones por pereza mental o por el deseo de concluir el relato. Es un apresurado. No puede ser de otra manera en un escritor que se desenvuelve en la rapidez de su imaginación viva y sagaz. Pero sus condiciones novelísticas son visibles.

Emplea el lenguaje propio y sus venezolanismos conducen a definir los caracteres y a fijar el rumbo de las costumbres. No es un sombrío, pues chispea su estilo y acude al paisaje para darle el colorido de su pluma ágil.

El libro *Marejada* nace bajo este signo de nacionalismo, lo que se hace cada vez más necesario. Para la actual juventud venezolana, que ha vivido frente a los despojos más raros, conviene acentuar el nacionalismo de la tierra y de las costumbres, dejando ese nacionalismo de academia, de puesto público con himnos y banderinas para mejores ocasiones. Es necesario que los escritores jóvenes empiecen por crear la atmósfera de lo propio, por desligarse de escuelas y tendencias menores, para ir a buscar la esencia de lo venezolano.

Díaz Solís nos dará en otros relatos más amplias características de su sagacidad de cuentista. Por lo pronto ha logrado dar a la estampa un libro que leemos con agrado, ya que le encontramos fuerza de expresión, calidad de relato y estilo contraído a la realidad de la vida del país.

Nos llega una brisa como si estuviéramos sesteando a la sombra de los morichales y escuchando a lo lejos esos cantos de los gallos que nos producen una tristeza muy honda... Escuchamos chapotear de aguas en los reachos, vemos las huellas frescas de los venados y el misterio de los bosques que esconden el sol... Pero en las condiciones de relator está su puesto del mañana. Por lo menos así lo veo a la distancia.

Una parte de Venezuela se enreda en estos cuentos: es la parte que enseña la tierra, como si estuviera abierta por las uñas de su destino.

CARLOS SABAT ERCASTY, *Cántico desde mi muerte*.—Montevideo, 1941.

Sabat Ercasty nos quiere decir algo o mucho con *Cántico desde mi muerte*. Es un libro "póstumo", pues aunque el autor siga cabalgando en las sombras de la noche por la Avenida 18 de Julio de Montevideo y siga enseñando las alas largas de su sombrero, canta desde su "otro" mundo. Es el poeta que dejó las playas provisorias para buscar las definitivas.

¿Qué estrella podré contemplar ahora
con el llanto en los ojos?
Los mundos tiemblan ante mi oscura mirada.
Frente a la noche de Dios,
mi muerta noche.